

ORACIÓN

Señor y Hermano Jesús, Tú dijiste a los tuyos: “Recibid el Espíritu Santo”. Tu mayor anhelo es darnoslo; entregaste tu vida en la cruz para entregarnos tu Espíritu: abre nuestros corazones para recibirlo como aliento y gozo en el corazón, y fortaleza para la vida; y así podamos transformar este mundo en un mundo según tu corazón.

Tú que vives y reinas por los siglos de los siglos. AMEN.

TEXTO

LUCAS 14,15-35

«¹⁵Pero, al escuchar, **uno de los invitados** le dijo esto: “¡Bienaventurado todo el que coma pan en *el reino de Dios!*”.

¹⁶Pero **él** le dijo: “Una persona hacía *un gran banquete* e invitó a muchos.

¹⁷Y envió a su siervo a la hora del *banquete* para decir a los invitados: ‘Venid, porque ya está preparado’.

¹⁸Y comenzaron todos a una voz a excusarse. El primero le dijo: ‘He comprado un campo y tengo que salir para ir a verlo. Te ruego, tenme por excusado’. ¹⁹Y otro dijo: ‘He comprado cinco yuntas de bueyes y voy a probarlos. Te ruego, tenme por excusado’. ²⁰Y otro dijo: ‘Acabo de tomar mujer; por eso no puedo ir’.

²¹Y, una vez regresado, el siervo anunció esto a su señor.

Entonces, *encolerizado*, el amo de casa dijo a su siervo: ‘Sal rápidamente a las plazas y las calles de la ciudad, y a los pobres, y lisiados, y ciegos y cojos, tráelos aquí’.

²²Y dijo el siervo: ‘Señor, se hizo lo que ordenaste y todavía hay sitio’.

²³Y dijo el señor al siervo: ‘Sal a los caminos y a los cercados y oblígales a entrar, para que mi casa se llene. ²⁴Porque os digo que ninguno de aquellos hombres invitados gustará de *mi banquete*’”.

²⁵Pero **muchas muchedumbres** marchaban con **él** y, volviéndose, les dijo: ²⁶ “Si alguien viene a mí y no odia a su padre y a su madre y a su esposa y a los hijos y a los hermanos y a las hermanas, e incluso a su propia persona, no puede ser mi discípulo.”

²⁷Todo el que no lleva su propia cruz y no viene detrás de mí no puede ser mi discípulo.

²⁸Porque, ¿quién de entre vosotros, queriendo construir una torre, sentándose primero, no calcula el gasto [para saber] si tiene para acabarla? ²⁹No sea que, habiendo puesto los cimientos y no teniendo con qué acabar, todos los que lo observan comiencen a burlarse de él, ³⁰diciendo: ‘Ese es el hombre que comenzó a construir y no pudo terminar’.

³¹¿O qué rey, marchando contra otro rey para emprender la guerra, sentándose primero, no deliberará [para saber] si es capaz con diez mil hombres de ir al encuentro del que avanza con veinte mil hombres contra él? ³²Pero si no, estando todavía a distancia, le envía una embajada y le pide las condiciones de paz.

³³Así pues, cada uno de vosotros que no se separe de todos sus bienes no puede ser mi discípulo.

³⁴Así pues, buena es la sal. Pero si la sal pierde su sabor, ¿con qué se la sazonará? ³⁵No vale ni para la tierra, ni para el estercolero; se echa fuera. ¡El que tenga oídos para oír que oiga!”».

COMENTARIO

PRIMERA UNIDAD (14,15-24)

- V. 15: Lucas pone en labios de un invitado anónimo una bienaventuranza (macarismo). De este modo enlaza la exhortación (vv. 12-14) con la parábola (vv. 16-24) y pone frente a frente dos bienaventuranzas (v. 15 y v. 14). El

invitado se olvida del presente y solo tiene ojos para el banquete del Reino. Miembro de la élite de Israel (v. 1), cuenta con estar él mismo entre esos bienaventurados. La bienaventuranza recuerda la del Apocalipsis desde el punto de vista del vocabulario, de la forma y del contenido: «¡Dichosos los que están invitados al banquete de bodas del cordero!» (Ap 19,9).

- V. 16: Aunque no es rey, como en Mateo, nuestra «persona» no tiene de qué quejarse. Cuenta con organizar un «gran banquete» e invitar a «muchos». Si el tema del banquete sirve de telón de fondo al capítulo, el motivo de la llamada, de la invitación, suena también como un estribillo. Así el verbo «llamar», «invitar», enlaza la parábola con las reflexiones anteriores (vv. 1.7-14) y sirve para puntuar el relato (vv. 16.17.24). La invitación propiamente dicha puede hacerse por escrito, mientras que la «llamada» será oral. Semejante procedimiento, propio de una élite en Israel, manifiesta la posición social de nuestro personaje. Este uso era común en Oriente y Plinio el Viejo nos habla de esos *vocatores*, de esos servidores de los príncipes, encargados de invitar o de recordar las invitaciones. Estas consideraciones hacen vislumbrar el honor que supone recibir esta preciosa invitación. A partir de Is 25,6-8; 55,11-2; 65,13-15, se imagina el reino de Dios como un banquete. Hay diversos textos de los evangelios que comparten y confirman esta interpretación judía.
- V. 17: Hay varios días, o al menos varias horas, que separan a la invitación oficial (v. 16) de la simple llamada transmitida por el servidor (v. 17). A la duración sucede, pues, «la hora del banquete». Sin desarrollar una teología de la hora última como lo hace el evangelista Juan, Lucas es sensible al tiempo decisivo de la venida de Jesús. En el relato de la pasión, habla de «la hora» que llega (22,14) y de la «hora» y «el poder de las tinieblas» (22,53). Ahora, todo está «dispuesto», «preparado»: «ya», pronto. No es todavía el banquete que comienza; pero los preparativos ya se han hecho.
- Vv. 18-20: El recuerdo debería haber sido una simple formalidad y, si hubiera habido algún impedimento mayor para ello, ese impedimento debería haberse anunciado cuando la invitación oficial. Un rechazo en aquel instante manifiesta una falta de educación. Excesivo, como suelen serlo las parábolas orientales, el relato revela que la descortesía es contagiosa: todos los invitados encuentran una excusa.
- V. 21: Los tres ejemplos, que ocupan más espacio que la evocación del banquete y la mención de la invitación, bastan para la demostración del rechazo. El texto prosigue con la vuelta infructuosa del servidor. Desde entonces, la pareja «señor-siervo» domina la escena y lo que cuenta es su diálogo. El informe oral del siervo (v. 21a) va seguido de una cualificación del humor de aquel a quien se llama por una vez el «amo de casa» (cf. 12,39 y 13,25). Se pone furioso («encolerizado»), con esa cólera que es signo de una tristeza, de un desengaño y de un enfado. Se enfada con sus invitados porque conocían su proyecto y no se habían negado a su primera invitación. Ahora, le estropean la fiesta. Por tanto, su actitud le afecta personalmente y le obliga a modificar sus planes. Hay que actuar «rápidamente»: Lucas utiliza con agrado unos adverbios y unos verbos que señalan la prisa o la urgencia para evocar las realizaciones de Dios o la actitud de fe con la que cuenta el Señor. Los invitados se niegan a «venir» (v. 20), ocupados en «irse» (v. 19) a otro sitio, a «salir» (v. 18) por otros motivos distintos. El siervo, por su parte, «sale pronto», lo mismo que «sale» la palabra de Dios (cf. Is 55,10-11), lo mismo que «salió» Cristo para evangelizar (cf. 4,42-44), lo mismo que «saldrán» los apóstoles para alertar al mundo (cf. Hch 14,20). El heraldo cristiano anuncia públicamente la buena nueva: de este modo la parábola -y no se trata de una casualidad- envía al siervo por las plazas y las calles de la ciudad. El lector del evangelio tiene bien presente la expresión de 13,26: «... y has enseñado en nuestras plazas». Recuerda además que Jesús evangelizaba de ciudad en ciudad (4,43). La lista de los desventurados corresponde exactamente a la del v. 13: los destinatarios del Evangelio de aquí son los mismos que los invitados de los cristianos o de la Iglesia de allí. La lista se inscribe en una tradición veterotestamentaria de la misericordia de Dios y de la prioridad que concede a los pequeños, a los desvalidos, a los marginados, a los débiles y a los enfermos. La dimensión social cohabita con la perspectiva religiosa. El reino de Dios es para los pobres.
- V. 22: Como urge el tiempo, el relato quema las etapas. El siervo está ya de vuelta. Con satisfacción se dirige a su «señor», afirmando que ha ejecutado sus órdenes. Lo mismo que hubo una multiplicación de panes (9,10-17), aquí hay una multiplicación de puestos.

- V. 23: Una constatación del servidor (que recurre a la palabra «lugar», «puesto», teológicamente importante en Lucas) incita al amo a ordenar una última «salida» («sal», en el v. 23, como en el v. 21). El amo ensancha el círculo de sus beneficiarios, envía a su siervo fuera de la ciudad, le hace dejar las calles por los caminos, la ciudad por el campo, Israel por las naciones. Dios quiere hacer entrar a los últimos, no por la violencia (el siervo no es un sargento mayor), sino por la persuasión. Lucas piensa aquí en la fuerza que hace decidir a los humanos a entrar en la casa de Dios. Es verdad que el vocabulario de la necesidad o de la fuerza es peligroso, tanto en el plano filosófico y religioso como en el plano eclesial o social. Por eso ha sido trágicamente mal comprendido. Pero esto no impide que aquí haya que pensarlo a la luz del Evangelio. Es la *dulce violencia* de aquel que convence al huésped que vacila y le decide a entrar.

Al final se enuncia con vigor el objetivo, implícito hasta ahora. El amor quiere («a fin de que») que su casa se llene. La casa es la del rico propietario, pero también, para todo lector del evangelio, la casa de Dios. Lucas transmitía hace poco una profecía de desgracia: se os quitará el templo, «vuestra casa». Será destruido el templo, construido por manos de hombre. Pero quedará en pie el templo «que no está hecho por manos humanas»: ese es el que acogerá en último lugar a los invitados. Ese es el que «se llenará».

- V. 24: La felicidad no es la euforia. La casa se llenará, pero habrá excluidos. Este es el mensaje final que saca Lucas de la parábola: no el gozo por la entrada de los penúltimos y de los últimos sino la tristeza por la exclusión de los primeros. En términos solemnes, «porque os digo», la sentencia excluye a los primeros invitados del «banquete» y sin duda igualmente de su morada.

La parábola no es una constatación, sino un cuadro. Hace reflexionar, «obliga» al diálogo. ¿Qué voy a hacer yo?, se pregunta el lector, judío o pagano. Porque ese es el lenguaje parabólico: por un lado, hace presente el reino de Dios; por otro, invita a optar por el Evangelio. Incluso la conclusión más pesimista no quiere «la muerte del pecador», sino que se arrepienta y que viva.

SEGUNDA UNIDAD (14,25-35)

- V. 25: La escena del banquete dentro de la casa ha terminado; comienza una nueva etapa, que se desarrolla fuera, en el camino. El breve sumario que la introduce llama la atención más sobre los interlocutores de Jesús que sobre el mismo Jesús. No son ya los adversarios, ni los discípulos, sino la gente sin duda favorable que camina con él, pero sin haberse comprometido todavía en su seguimiento. Presentando a esta gente en marcha, el v. 25 prepara la instrucción de Jesús sobre la condición de los discípulos.

- Vv. 26-27: El v. 26 se encadena muy bien con el v. 25: no basta con «venir a mí», es decir, con «marchar conmigo»; es necesario además romper con el pasado. No es posible tener el corazón dividido, estar detrás y adelante a la vez; no se puede servir a dos amos a la vez. El discípulo tiene que escoger. Escoger es saber renunciar, sobre todo *saber separarse*. Recurriendo al verbo «odiar», el texto choca y desconcierta. El paralelo mateano, más pedagógico, argumenta por comparación: hay que preferir a Cristo más que a la familia. El texto lucano trabaja, al contrario, por contraste y oposición. Hay apegos incondicionales que no pueden vivirse más que a costa de otros vínculos. El verbo «odiar» refleja probablemente un original semítico y las lenguas semíticas suelen expresar por un contraste lo que nuestras lenguas dicen por un comparativo de preferencia.

¿Cómo conciliar entonces este orden nuevo con el mandamiento antiguo del amor a los padres y simplemente con el amor al prójimo? Cuatro respuestas complementarias: 1. El decálogo impone también un amor prioritario y exclusivo a Dios (el primer mandamiento). 2. El círculo familiar, como toda realidad de este mundo, puede encerrarse en sí mismo, excluir la trascendencia al prójimo, hacerse idólatra y por tanto enemigo de Dios. En ese caso, la ruptura con esa realidad social significa liberación y sobre todo fidelidad a Dios. 3. Además, dicho odio no ataca a la persona, sino a lo que ella representa (el encierro social, las funciones jerárquicas). Culmina, no podemos olvidarlo, en un «odio» a sí mismo. 4. Puesto aparte por Dios, los levitas debían también dejar a su familia (Dt 33,9-10). Jesús puso inspirarse en esta exigencia, como hicieron los monjes de Qumrán. Por tanto, Jesús no propone condenar la familia a la infamia, para favorecer el desarrollo de la propia personalidad. Piensa más bien que la muerte a la familia y a uno mismo representa la cara negativa del hecho de hacerse discípulo, lo mismo que el viernes santo es necesario para la pascua.

Esto no impide que, como hicieron algunos filósofos, Jesús preconizara rupturas familiares, en una época en la que los padres ancianos tenían necesidad del apoyo de sus hijos mayores y en la que los hijos menores dependían de sus padres.

¿Qué significa entonces «ser discípulo»? Notémoslo, el texto no habla de «hacerse discípulo», ya que esa expresión podría sugerir que eso dependería de nosotros. «Ser discípulo» es ser aceptado por el Maestro. Para ello, hay que estar aquí y no en otro sitio, atento y no distraído. Dispuesto a aprender, no ya la sabiduría humana, sino la divina. No a través de un aprendizaje intelectual, sino global; de la cabeza, del corazón, de la voluntad, del cuerpo. ¡Formidable acontecimiento!

Para hacerlo comprender, el NT recurre a diversas imágenes: desnudarse, morir, dejar, no volverse atrás, odiar. «Odiar» es dejar. La gente, que vino a él (v. 26), marcha a su lado (v. 25). Para que su adhesión y su comunión sean verdaderas y duraderas, hay que añadir, como complemento ineludible, la separación de lo que más llevamos en el corazón. Aquí el odio no es ante todo un sentimiento, sino un acto. Cuando se haya realizado la ruptura, cuando se haya atravesado el túnel del viernes santo, la luz de pascua permitirá amar al prójimo, incluida la familia, no ya como un sistema cerrado, sino como parientes en Cristo y criaturas de Dios. Pero no hay que quemar etapas.

Lucas visualiza de forma concreta el martirio sufrido por fidelidad a Cristo. Lucas subraya esta imagen por medio del verbo «llevar una carga», «llevar». La pena de la crucifixión, de origen quizás persa, pero de práctica romana, era conocida en Palestina. Varias revueltas se habían liquidado con estas ejecuciones. Si el madero vertical de la cruz estaba ya clavado en tierra, el condenado, al parecer, tenía que cargar con el madero horizontal, móvil, el *patibulum*, hasta el lugar del suplicio. Era conocido el horror de este suplicio. Muchos zelotes, cuyo fanatismo por Dios no dejaba de impresionar al pueblo, lo habían experimentado. Por tanto, no es necesario ver aquí una alusión a la cruz de Jesús, lo cual pondría el origen de la sentencia en el periodo después de pascua. Hay varios textos rabínicos que señalan un uso didáctico y metafórico de la imagen de la cruz. El Jesús histórico pudo decir, por tanto: «El que no lleva su propia cruz, no puede ser mi discípulo». Se trata del compromiso inicial, global y definitivo, puesto ante la vista de la gente, simpatizante pero vacilante todavía.

Los vv. 26 y 27, que completará el v. 33, dicen lo que se necesita para «poder ser su discípulo». En una relación, cada uno tiene su propia parte. Sin embargo, el texto no piensa aquí en lo que hace Cristo. Expresa francamente lo que se espera del hombre o de la mujer que quieren seguir a Cristo. «Ser discípulo» es recibir la enseñanza de otro, es aceptar ser formado por el Otro. Para aceptar serlo -tal es la intención de estas dos sentencias- hay que aceptar romper uno con su origen y pensar en un futuro en contra de todo sentido común. Si el pasado no determina ya al ser humano y si el futuro no es lo que, como suele suceder, moviliza sus esperanzas, surge entonces una existencia presente inesperada. ¿No será prudente reflexionar desde ahora antes de decidirse a dar un paso semejante?

- Vv. 28-30: He aquí una lección que tiene toda la fuerza persuasiva de la evidencia. Una historia muy bien construida por lo demás: al principio se señala su intención («queriendo»); al final, el fracaso previsible («no pudo acabarla»). El proyecto se refiere a una construcción: el verbo «construir» aparece al principio y al final de la parábola. El final de los burlones no nos enseña nada (v. 30), pero tiene la función de recordarnos lo esencial: un espacio dado, el tiempo, del que el hombre dispone, desde el comienzo («comenzar») hasta el fin («acabar la obra»). Nuestro hombre tiene que pensar en ello y calcular los gastos por medio de una reflexión. Junto al tiempo disponible y los bienes materiales, hay una tercera fuerza que no hay que olvidar: el distanciamiento necesario, la evaluación, el cálculo. Para ello, hay que sentarse y tomarse algún tiempo. La sabiduría consiste, por tanto, en prever un momento antes del comienzo de la acción; intercalar una etapa entre la intención y la acción. La sabiduría consiste en sentarse para pensar y escribir; para calcular mentalmente y en concreto los gastos de la empresa. Lo propio del ser humano es construir. No es lo único, pero sí lo más significativo. El evangelio nos propone una especie de construcción: hacerse «discípulo» y «creer». Al obrar así, Jesús invita a la sabiduría. Ante un proyecto tan serio y tan ambicioso que es capaz de transformar la vida, la sabiduría exige no solamente que sepamos si queremos realizarlo, sino que calculemos además si tenemos los medios para llevarlo a cabo.
- Vv. 31-32: El caso del rey metido en una guerra se cuenta de manera muy sencilla, pero precisa. Este ejemplo se refiere a la confrontación inminente de dos ejércitos. Nuestro rey, como el campesino anterior, habrá de sentarse primero y celebrar luego un consejo («deliberará»). El meollo de la discusión no se sitúa en el nivel de la voluntad, sino en el del poder («si es capaz de»). La proporción (uno contra dos) no es favorable, pero podría haber otros argumentos que tener en cuenta. Este segundo ejemplo es algo distinto del primero: mientras que el campesino haría bien en reflexionar antes de dar el primer golpe a la piqueta, el rey debería tomar las debidas decisiones a

lo largo de la guerra, inmediatamente antes de la batalla decisiva. Además, si el constructor ha de reflexionar solo, el rey tendrá que contar con sus consejeros.

La lección del segundo ejemplo es clara: el que quiera «marchar» con Cristo contra los adversarios de Dios tiene que hacerlo con sabiduría. Poder sin saber no sirve para nada. Porque ni el poder ni la reflexión tienen límites. La fe se vive en la tierra y no en los cielos. La fe integra la deliberación y supone el consejo de los demás. Lo absoluto y lo contingente coexisten entre sí. Y lo que aguarda a los discípulos de Jesús es tremendo.

➤ V. 33: En el momento en que las parábolas incitan al lector a contar con sus recursos, a medir y calcular sus capacidades, el v. 33 concluye («así pues») de forma paradójica con una orden de abandono: el campesino debería contar sus dineros, el rey sus tropas. Para imitarlos, el cristiano lucano tiene que deshacerse de sus falsas seguridades. Los «bienes» que tanto preocupan al evangelista son falsos apoyos. Tenemos que decirles adiós: «despedir», «decir adiós» en sentido propio, «renunciar», «separarse de» en sentido figurado. Desde las bienaventuranzas y las maldiciones (6,20.24), Lucas había desvelado el poder pernicioso del dinero, la falsa confianza que se le otorga. Al final de la parábola del rico insensato (12,21), había opuesto la riqueza en Dios a la riqueza de un hombre. Como conclusión de la perícopa sobre las preocupaciones (12,33-34), había articulado la búsqueda del reino de Dios con el abandono de los propios bienes. Se da, por tanto, una tremenda coherencia en el radicalismo evangélico de Lucas: poder «ser discípulo suyo» (vv. 26.27.33) depende, del lado humano, de una renuncia al poder, bien sea el poder del dinero, o el del nacimiento, el de la pertenencia religiosa o el de las armas. El Evangelio es tan claro como el agua del manantial, simple como la palabra de un niño.

➤ Vv. 34-35: Lucas emprende aquí, como conclusión de la conclusión, el tema de la sal. El «así pues» del v. 34 tiene la misma función lógica que el del v. 33: relacionar con lo anterior. Si la conclusión del v. 33 subrayaba la necesidad de ser totalmente de Cristo y nada para el mundo, renunciando a todo para convertirse en discípulo, los vv. 34-35 consideran los riesgos de la duración. No basta con hacerse discípulo; hay que seguir siéndolo. La recaída, que depende de la responsabilidad humana, conduce al rechazo, que depende de la voluntad divina.

La frase nominal «así pues, la sal es buena» significa que «ser un discípulo» es una cosa buena, en el sentido fuerte que ha tomado el adjetivo «bueno» y el adverbio «bien» en labios cristianos, es decir, de acuerdo con la voluntad de Dios, en armonía con los bienes últimos, en simetría con las promesas bíblicas y en polémica contra la exégesis judía dominante.

Lucas encadena a continuación una pregunta retórica que presupone una respuesta negativa: si la sal deja de ser lo que era, ¿cómo se le devolverá su sabor? Respuesta: es imposible. ¡La sal ya no es sal! El discípulo que ha sabido calcular (vv. 28-32), que ha renunciado a los suyos, a sus bienes y a sí mismo (v. 26 y 33), que está preparado para el martirio (v. 27), que es entonces capaz de ser discípulo (vv. 26.27.33), un «buen» discípulo, lo mismo que es buena la sal, si deja de ser lo que ha escogido ser, es un ser «acabado». Si se ha embotado, si ha perdido la sabiduría del Evangelio, ya no es bueno para nada. «Bien dispuesto», «apto»: volvemos a encontrarnos aquí con el adjetivo de 9,62; el discípulo que deja de serlo, sal sin sal, es semejante a un hombre loco que, en vez de mirar hacia adelante, hacia el reino de Dios, mira hacia atrás, hacia las ollas de carne de los egipcios. Ya no es bueno, no es «apto», más que para acabar fuera.

«Ser echado fuera» es una expresión apocalíptica y disciplinar para decir: echar a la gehenna o excomulgar. Mateo precisa: «No vale para nada; se le echa fuera y es pisoteada por los hombres». Lucas -¿de dónde saca estas expresiones?- dice: «no vale ni para la tierra, ni para el estercolero; se le echa fuera». Lucas afirma que si la sal no tiene ya sus propiedades, pierde forzosamente toda su eficacia y por tanto su utilidad. Lo mismo ocurre con el discípulo que deja de serlo, que ha perdido ese gusto, ese orden interior, esa capacidad y esa sabiduría. En el contexto actual, no puede tratarse más que del discípulo, no del Israel amenazado de infidelidad.

De la sal se sabe que tenía en la antigüedad una doble función: conservar los alimentos y sazonar los platos. Parece ser que es químicamente imposible que la sal pierda su sabor. Entonces, ¿qué quiso decir Jesús? Se pueden dar varias respuestas pero la mejor es: Jesús utiliza un ejemplo excesivo. La sabiduría popular sabe que la sal no pierde nunca su sabor. Imaginémoslo, propone Jesús, lo imposible (obsérvese el «incluso»): una sal que no sala, una sal insulsa, no sirve para nada. El mal es irreparable, irreversible.

¿En qué piensa Lucas al hablar de la «tierra» y del «estercolero»? ¿Ignorancia de un hombre de ciudad que cree que la sal puede servir de abono?

El Jesús de Lucas interpela a los oyentes-lectores con un último imperativo. Les indica que se impone la atención más viva. Si el peligro es grande, la promesa también lo es. Que la decisión del discípulo esté a la altura de la confianza de su maestro.